

Nº 560
15
Diciembre
2021
Miércoles



Hablemos del cambio climático

Emilio Álvarez Frías

Sin duda esto de la pandemia nos está cambiando las costumbres. Junto con la agenda 2030. Por un lado la pandemia, a cara descubierta, y con la compañía de la insensatez de una buena parte de la población, nos tiene sujetos como con grilletes a quienes consideramos que hay que cumplir determinadas normas para intentar vencer el mal, en tanto los insensatos continúan su aquelarre haciendo caso omiso de las normas más elementales, y los nacientes conjuntos de opuestos a las vacunas se manifiestan abiertamente contra la posible obligatoriedad de recibirla ya que da la impresión de que esto no se termina así como así, o sea, por las buenas.

Por otro lado están los desmesurados acuerdos de los que viajan en avión con la misma frecuencia que otros en el metro o el autobús, que se empeñan en que es preciso someter al resto de la población mundial a normas rígidas en cuanto al uso de vehículos movidos por este o aquel combustible; eliminación de centrales eléctricas cuyos generadores funcionan por carbón o petróleo condenadas al desmantelamiento dado lo perjudicial que resulta para los seres humanos la contaminación que lanzan sobre la atmósfera; la condena que existe, –por parte de algunos, aunque otros las tienen a pleno rendimiento– de las centrales nucleares que al parecer son las menos contaminantes al respecto y las más económicas en la producción de energía eléctrica; acompañado por la supresión de la ganadería industrial porque provoca la deforestación de valiosos ecosistemas al tiempo que el ganado produce en 14% del total de emisiones de CO₂; y un largo etcétera. Pero en el manoseo de todo esto, que lo aseguran los que no tienen ni pajolera idea en la materia, junto con la niña iluminada que tiene obnubilados a todos los señores serios que se reúnen para hablar de estas cosas, y también a las masas ignorantes, no se tiene en consideración la opinión de los expertos que opinan que durante la larga vida del planeta Tierra se han sucedido diferentes eras en las que el frío y el calor han intercambiado su presencia, los hielos y las aguas han hecho su aparición alternándose durante largos espacios de tiempo, la atmósfera ha respondido a los acontecimientos en este globo en el que vivimos, todo ello sin que el hombre tuviera participación porque quemara o no quemara árboles para calentarse o hacer sus comidas.

Pero el descaro mayor lo ponen los que discuten y aprueban las medidas que se han de adoptar para que todos los demás nos privemos de lo que se ha ido

consiguiendo año tras año. Porque mientras Pedro Sánchez se compromete a rebajar el uso de vehículos en España, por ejemplo, él no pierde ocasión de tomar el helicóptero Súper Puma, el avión Falcón y el automóvil para ir a cualquier lugar, ya sea en visitas oficiales ya sea para asistir a reuniones o mítines del PSOE, ya para llevar a la familia a un concierto de The Killers, sin duda algo fundamental para el gobierno de la nación; o cómo se comportan los grandes magnates del mundo respecto a lo que pregonan, cuando tuvo lugar la Conferencia de las Naciones Unidas sobre cambio Climático COP26, en Glasgow pues se juntaron en el aeropuerto de dicha localidad la friolera de más de cuatrocientos aviones en los que arribaron los participantes defensores de la no contaminación.

Se dice, lo dicen las Constituciones de cualquier país libre y democrático, que todos somos iguales. Pero, a pesar de que se hartan de decirlo todos los líderes de esos países, lo cierto es que no somos iguales, sino muy desiguales, pues violan las constituciones acomodándolas a sus gustos personales, a sus egoístas deseos. En este momento hablamos del cambio climático y demás zarandajas, pero es extensible a todos los ámbitos de la vida de los humanos. Cada vez somos menos iguales. Cada vez van desapareciendo más las clases medias para pasar a formar parte de una clase masa despreciadas por quienes consiguen el poder.

Digamos que seguiremos hablando del Gobierno, como dirían Tip y Coll –Luis Sánchez Polack y José Luis Coll– aquellos geniales humoristas que se prodigaron ampliamente entre 1967 y 1995, ejerciendo sin ambages su libertad en la interpretación de los acontecimientos de España, mediante el uso del ingenio y elegancia en el comentario, enjuiciando abiertamente a la política de un tiempo considerado como obtuso y cerrado a cualquier actuación de este tipo. Mientras proseguimos el camino que nos conduce a la Navidad, hoy presentamos un Belén montado en una pequeña botija, que es una delicia.



* * *

España es diferente

En España siempre pasa nada. Por eso es diferente. Hay quien vota por lo que sufrió su abuelo y no piensa en lo que sufren él o su vecino

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

El título fue un eslogan turístico de mediados de los sesenta: «Spain is different» se repitió por esos mundos. España sigue siendo diferente y más allá del turismo.

Hace años viajaba en taxi con un pariente holandés y durante el trayecto el taxista no dejó de criticar a Zapatero, que pocos días después trataría de renovar su presidencia en las urnas. Sus viajeros no dijimos ni palabra. Tales eran sus opiniones sobre el entonces presidente y candidato que a la hora de

abonar el servicio se me ocurrió desear al taxista suerte en la jornada electoral y que ganara el candidato al que otorgase su voto. El taxista contestó lo imprevisible: «No, si yo votaré al PSOE, pero Zapatero ha sido un desastre». Mi pariente holandés, extrañado, le comentó: «Lleva usted todo el trayecto atacando al presidente, dice que ha sido un desastre, y asegura que le votará...». La respuesta: «Siempre he votado al PSOE, mi abuelo lo pasó mal en la posguerra». Mi primo Jan no pudo contenerse: «En mi país votamos por lo que los políticos hacen y anuncian, no por nuestros abuelos». Esta es España. Y hoy aún más diferente.

Padecemos a un presidente que hizo todo lo contrario de lo que prometió en campaña electoral y desde entonces no ha dejado de mentir. En otros países la mentira en política no queda impune. No pasa nada. Se descubre que no es autor de su tesis doctoral y mientras en varios países europeos eso ha supuesto la dimisión de ministros, él siguió tan campante. No pasa nada. Le escriben un libro, y el negro –en este caso la negra– fue indiscreta y el presidente la premia desde entonces con jugosos cargos públicos; muy natural. No pasa nada. Se evidencia que Tezanos, correligionario suyo, es algo así como



su seudónimo para la confección de encuestas favorables mientras que en un país europeo acaba de dimitir el jefe de Gobierno acusado de manipular encuestas; nuestro presidente ni se inmuta. No pasa nada. Nombra fiscal general del Estado a su exministra de Justicia, diputada de su partido, y avala sus manejos, algunos cercanos a su pareja sentimental, un juez expulsado de la carrera por prevaricación. No pasa nada.

Y suma y sigue. Desestima una sentencia del Tribunal Supremo y su opinión contraria, e indulta a quienes provocaron un intento de golpe de Estado en Cataluña. No pasa nada. Vulnera los derechos y libertades de los españoles por dos estados de alarma declarados inconstitucionales en sentencias del Tribunal Constitucional. No pasa nada. Paraliza el control parlamentario durante semanas por un acuerdo de la Mesa del Congreso, también considerado inconstitucional por nuestro tribunal de garantías. No pasa nada. Destierra la transparencia y se niega a aclarar cuestiones de grueso calibre, lo que en una democracia sería un escándalo con consecuencias políticas. No pasa nada. Abusa de la fórmula del decreto-ley, extraordinaria según la Constitución, de modo que ha utilizado esa vía en tres años mucho más que Zapatero y Rajoy en más del doble de tiempo; un decreto-ley cada diez días. No pasa nada. Y podría seguir anotando anormalidades que ya a casi nadie sorprenden.

Su utilización del Falcon para viajar y del Superpuma para trasladarse de Moncloa al aeropuerto es una minucia comparada con otras muchas actitudes. Comenzó utilizando estos medios oficiales para acudir a una celebración familiar y a un concierto y cuando la noticia saltó a los periódicos no se moderó; sencillamente enmascaró los viajes porque disfrazar la realidad es muy suyo. Incluyó en sus desplazamientos de partido la visita a una fábrica o mandanga

similar, sin contenido y sin prensa, y caso resuelto. Hasta Sánchez los viajes privados de los presidentes se hacían en AVE o en líneas aéreas regulares, y los de partido, cuando eran urgentes, mediante el alquiler de un avión.

¿Por qué Sánchez no lo hace? Acaso porque ninguno de sus antecesores tenía un problema que a él le amenaza: no puede dar un paso, si no es rodeado de sus palmeros, sin que le abucheen. Arregla en parte el sofoco, si es que alguna situación le produce sofoco, alejando cada vez más a los asistentes y silenciando los abucheos en la televisión pública y en las engrasadas. Eso ocurrió el último Día de la Fiesta Nacional; quiso enmascararse con el Rey pero se sabía bien a quién vitoreaba el público y a quién abucheaba.

En España siempre pasa nada. Por eso es diferente. Hay quien vota por lo que sufrió su abuelo y no piensa en lo que sufren él o su vecino. Acaso la sociedad no protesta porque ya se ha acostumbrado. Sin embargo hay demasiados patios de Monipodio como para no tenerlos en cuenta. Acaso no hay tantos malos pero los pillastres abundan más que las setas. Hay casi tantos como ingenuos y la política no es una excepción.

* * *

Larramendi, un gran emprendedor del siglo xx

Javier Morillas (*La Razón*)

Catedrático de Economía Aplicada. Universidad CEU San Pablo.

Cada vez más las investigaciones sobre el crecimiento y el progreso económico de los países tienden a centrarse en el análisis de las personalidades concretas que lo protagonizaron en cada momento. Porque el estudio de las mismas y sus valores, obras y pautas de comportamiento, resultan indisolubles del periodo y entorno histórico en que desarrollaron su actividad, y con la generación de individuos con quienes les tocó vivir. También porque la estructura de la economía tiende a reproducirse a sí misma, y la gestión empresarial tiende en ocasiones a transformarse en actividad rutinaria que repite inercialmente técnicas y combinaciones de insumos, destinados a la obtención de parecidos bienes o servicios. Lo que hace que tendamos igualmente a situarnos como en un lánguido punto de partida. Como en una situación cuasi estacionaria, de las que denominamos en economía de equilibrio de tipo walrasiano.



Y estableciendo una determinada

curva que llamamos «frontera de posibilidades de producción» de acuerdo con las capacidades o factores productivos hasta entonces conocidos y utilizados.

Para acabar con dichas rutinas llega la figura del empresario, del innovador. Es ese equivalente del «héroe» de las novelas de caballería del universo mental del medievo europeo. Ese personaje de frontera, que se atreve, se esfuerza, lidera, arriesga, lucha, y que a partir de un cierto momento llegó a transmutarse en la figura del «empresario» que se consolida desde el siglo XIX

en el mundo occidental, y que también se atreve, arriesga, innova, contrata, invierte, coordina factores. Es el «rompedor» o «destructor de lo viejo», que decía Schumpeter. El personaje es distinto, pero el «tipo de persona» tiende a ser siempre el mismo. Es el «emprendedor» que gusta denominar la Comisión Europea en su estrategia *Europe 2020*.

Así, el progreso social, el avance de los países, se produce como consecuencia de una ruptura con el método convencional mediante esa «innovación» que llamamos «acto empresarial». De hecho, al poner en práctica una nueva tecnología, forma organizativa o cualquiera otra innovación o cambio, se produce un desplazamiento hacia arriba de la curva de la función de producción. Y, por extensión, también de todo el país que conduce, y alcanza, con su población una nueva «frontera de posibilidades de producción» susceptible de incrementar no sólo el PIB del país sino la renta per cápita de sus propios ciudadanos.

España venía en 1931 de un demostrado ciclo largo de crecimiento económico que, sorpresivamente e iniciada la gran depresión, se tuerce políticamente con un cambio de régimen que desembocará también en aquella guerra civil europea 1936-1945, fruto del «crack» del 29. Una mayoría de los delegados provinciales de una naciente y modesta mutualidad agraria española (Mapfre) serían asesinados (32) entre la revolución armada antirepublicana de 1934 y 1939. Y que a duras penas irá luego perviviendo hasta casi la quiebra en 1955 que un tal Hernando de Larramendi, hasta entonces modesto inspector superior de seguros del Estado por oposición,



abandona la administración e inicia su reflotamiento. Con su potente brújula interna crea un auténtico estilo de «dirección de personas», convirtiéndose en un auténtico precursor de la llamada «dirección por valores» en la empresa. También con su vena innovadora se convierte en un pionero en la introducción de las TIC's en el sector asegurador español. En adelantado, asimismo, del «compliance», así como del proceso de internacionalización de la empresa española, al margen de cualesquiera teorías al respecto, sentando las bases de su extensión global por América, Europa,... y hasta Filipinas, llevado de su propia intuición, hasta acabar convirtiéndose en la primera multinacional española del sector. Adelantado también con sus variadas fundaciones, de lo que hoy llamamos «Responsabilidad Social Corporativa». Con su base diferencial en el humanismo cristiano asociado a su fidelidad al Tradicionalismo político inculcado por su padre. Y que en su versión más idealizada y moderna identifica con la tradición institucionalista y de la «*common Law*» del sistema constitucional británico. Su extensa obra escrita, ahora recopilada, proporciona una idea no sólo de sus conocimientos actuariales sino

sobre la variedad de materias que entraban en el radar de su pensamiento y preocupaciones. Sobre el papel del directivo, el emprendimiento, la relación empresa-sociedad-universidad y otros. Además de sus propias creencias vitales, y su fuerte motor interior plasmado en sus conocidas como «Perlas Larramendianas». Aspectos todos que contribuyen a explicar la mística de su gran triunfo empresarial que España pudo contemplar sorprendida en un sector tan desconocido como el actuarial, presentado como «caso de éxito» para escuelas de negocios y facultades de economía del mundo.

En este centenario de su nacimiento merece ser recordado este gran impulsor de la España del último cuarto del siglo XX. Equivalente en el sector asegurador a los quizás más conocidos de la ingeniería, el editorial, el bancario, o el de las infraestructuras, por citar algunos. En todo caso, un buen ejemplo de España y su circunstancia. La de ese gran emprendedor, humanista, mecenas y patriota que fue Ignacio de Larramendi Montiano.

* * *

El día de la inconstitucionalidad

«El 8M fue un vector de contagio del coronavirus en el momento más crítico y quienes lo sabían lo ocultaron»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

El constitucionalismo trasciende a la Transición, porque más allá de las connotaciones histórico-políticas subyacentes tras el pacto constitucional, el texto del 78 consagró un sistema de límites y contrapesos al gobierno democrático con la pretensión de someter su actuación al principio de legalidad y al control de la arbitrariedad. Considerarse constitucionalista no es sólo apoyar y respetar el proceso de reconciliación nacional del que nació la Carta Magna, sino asumir una concepción del ejercicio del poder soberano en cuya virtud la legitimidad del gobernante no dimana únicamente de las urnas, sino del respeto a la ley, a los derechos humanos y libertades fundamentales.

Llevamos más de diez años dándole vueltas a la definición de populismo, pero no cabe duda de que uno de sus rasgos esenciales es el intento de deslegitimar las instituciones y los controles democráticos en nombre de la soberanía: el voto como habilitación para burlar la ley y alcanzar la ansiada impunidad.

Lo duro de aceptar estas características como propias de los movimientos populistas es que nos conduce a la conclusión de que han triunfado en nuestro país, ya no porque gocen de representación parlamentaria, sino porque los



tenemos instalados en el gobierno y otros tantos puestos de elevada responsabilidad institucional. Y los casi dos años de pandemia que llevamos en nuestro haber nos han mostrado su rostro más autoritario y desalmado.

En un momento crítico para España, en el que nuestros dirigentes debieron apostar por la prudencia en pos de la protección de la salud, eligieron en su lugar la propaganda ideológica en forma de manifestación multitudinaria feminista. El 8M fue un vector de contagio del coronavirus en el momento más crítico y quienes lo sabían lo ocultaron. Llamaron a una participación masiva que tuvo como resultado una mortandad también masiva. El otro día se le escapó en una radio amiga a ese soufflé que tenemos de vicepresidenta llamado Yolanda Díaz. La constatación de que sí que lo sabían, en boca de un miembro del ejecutivo.

Pero la atrocidad no sólo se tradujo en muertos, sino en dos estados de alarma que el ejecutivo sanchista aprovechó para gobernar eludiendo los controles y contrapesos democráticos. 2021 ha sido el año en el que el Tribunal Constitucional ha plasmado por escrito lo que algunos –no demasiados– denunciábamos en su momento. Año y medio de procederes arbitrarios en los que en nombre de la salud se han venido perpetrando verdaderas atrocidades jurídicas.



Por desgracia, ambas declaraciones de inconstitucionalidad no han tenido apenas repercusión para este Gobierno ni en el plano legal, ni en el político ni tan siquiera en el mediático. El máximo intérprete de la Constitución ha constatado que nuestros dirigentes aprovecharon la muerte y el miedo para suspender la democracia y maniobrar al margen de la legalidad y a lo más que llegan quienes antaño afirmaban que la COVID era una gripe es a decir que los de Sánchez estaban salvando vidas.

Y los ciudadanos hemos comprado encantados el relato, casi pidiendo más: demandamos que la misma clase política que procedió inconstitucionalmente hace apenas unos meses adopte decisiones que afecten a nuestras libertades sin que tengan que superar el filtro de los tribunales. Cada vez es más común el error de concebir la seguridad jurídica como una suerte de uniformidad en la ilegalidad.

Por si todo lo dicho hasta ahora no fuera suficiente, el Gobierno ha exhibido impudicamente sus ademanes autoritarios ante todos, colocándose a sí mismo y a sus socios por encima de la ley y de los tribunales de justicia mediante la aprobación del indulto a los líderes independentistas condenados por sedición. Sánchez constató que no hay norma ni contrapeso democrático por encima de los deseos de Su Persona y sus necesidades de poder. La utilidad pública del indulto denostada y convertida en una mera invocación a la oportunidad política.

No es ninguna sorpresa que ayer, día de la Constitución Española, al Presidente sólo pareciera interesarle la parte «social» de la Carta Magna en su tweet conmemorando la efeméride: ni una sólo mención al respeto por el estado de Derecho. Tampoco faltaron las ministras de Podemos, haciendo gala una vez más de su sobradamente conocido analfabetismo. La más destacada fue Irene Montero exigiendo una Constitución feminista, pues la actual no lo es ya que, según la susodicha, sólo tiene «padres». Nos gobierna una señora que reduce la igualdad ante la ley a una cuestión de penes y vaginas.

Mención aparte merece la Presidenta del Congreso, echando en cara a la oposición su falta de lealtad y su empeño por «judicializar la política y politizar la justicia». No me negarán que tiene bemoles, no sólo por la falta de decoro institucional, sino por considerar deslealtad el hacer uso del sistema de recursos legalmente establecidos contra normas que se consideren contrarias al ordenamiento mientras se indulta a señores –y también a alguna señora– contra el criterio de los tribunales, por mera conveniencia política y/o ideológica.

Entenderán que este 2021 haya resultado ser un año aciago para los que nos consideramos constitucionalistas. Las garantías que consagra el texto del 78 han demostrado no ser un impedimento bastante para quienes quieren transformarnos en una sociedad atemorizada y servil en la que la ley sea sustituida por el dogma incontestable. No hemos salido más fuertes, pero sí más inconstitucionales.

* * *

Lo que no harán los impulsores de la Agenda 2030 o 2050, y corten por donde quieran

El ideal de la industria es eliminar el factor vivo, incluido el ser humano, y transferir el proceso productivo a las máquinas.

Luis Saiz y Saiz (*Tradición viva*)

Los impulsores de la Agenda 2030 han decidido en París que *lo allí convenido es de obligado cumplimiento*, dejando al «soberano», que es el pueblo, al margen de todo. Lo que nadie quiere ver, aunque no es difícil averiguarlo, es que los impulsores de esta Agenda son los mismos que han «deslocalizado» sus industrias de los países desarrollados para llevarlas a los países emergentes del sureste asiático (con total desprecio para el trabajador europeo), porque allí la mano de obra es muchísimo más barata. Siguen obteniendo e incrementando beneficios, porque los impuestos sobre sociedades son inferiores en esos países y los medioambientales apenas existen, por lo que polucionar y ensuciar la casa común cuesta muy poco. Lavan el cerebro a los europeos diciéndoles lo mucho que ellos, los europeos, ensucian, para lo cual muestran imágenes casi siempre obtenidas de la polución de los países asiáticos y no la de los europeos (lean la famosa isla de plásticos que navega por el Pacífico), pues es aquí, en Europa, donde más se invierte en medio ambiente.

Todo va dirigido para que la emisión del carbono a la atmósfera se reduzca, por su influencia en el calentamiento global (lo que sin dudar de esa influencia

—muy minorada por la misma Naturaleza que capta ese CO₂ y lo convierte en madera o alimentos, vía hidratos de carbono—, nadie ha dicho qué porcentaje del calentamiento se debe a esas emisiones y qué parte se debe al cambio climático cíclico que las causas naturales producen, y han producido en la Tierra). Nadie habla de cuidar la «casa común» mediante una serie de acciones aquí en Europa, en América o África, que tiendan y ayuden a la auténtica regeneración de la tierra y supongan un auténtico cambio de vida que se refleje en las pautas del consumo, a fin de minorar éste. No, la reducción del consumo a nivel global no se considera. Sólo dicen que nosotros, no ellos — que para eso mandan—, no podremos comer ternera porque produce mucho metano, para lo cual inventan carne sintética que a ellos deberemos comprar. ¿Con qué tipo de avión volarán el 1 de enero de 2030 cuando los derivados del petróleo estén anatemizados?, o ¿tal vez se paralizará la investigación



extraterrestre por la gran producción de gases «efecto invernadero» que cada lanzamiento emite a la atmósfera?

No hay necesidad de decir que la riqueza, la educación, la investigación y otras muchas cosas son necesarias en cualquier civilización, pero lo que hoy es totalmente necesario hace referencia a una revisión de los fines a los que se supone que estos medios sirven. Esto implica,

por encima de todo, *el desarrollo de un estilo de vida* que otorgue a las cosas materiales su lugar legítimo y propio, que es «secundario» y no «primario». *Esto no se toca.*

La realidad anterior es que nos retraeríamos a la verdad si creyéramos que las fuerzas destructivas del mundo moderno pueden ser «puestas bajo control» por la simple medida de movilizar más recursos (económicos, educativos, investigación,...) para combatir la contaminación, para preservar la vida silvestre, para descubrir nuevas fuentes de energía y para concretar acuerdos más eficaces de coexistencia pacífica.

La «*lógica de la producción*» no es la lógica de la vida ni la lógica de la sociedad. Es tan sólo una parte pequeña de ellas y debe estar a su servicio. Las fuerzas destructivas liberadas por la «*lógica de la producción*» no pueden ponerse bajo control, salvo que la «*lógica de la producción*» misma esté controlada, de modo que las fuerzas destructivas dejen de estar desatadas. La lucha contra la contaminación no tendrá éxito si las formas de producción y de consumo continúan siendo de una escala, una complejidad y de un grado de violencia que, como se hace cada vez más visible, no encajan dentro de las leyes del universo, a las cuales el ser humano está tan sujeto como el resto de la creación. De la misma manera, la posibilidad de mitigar el agotamiento de los recursos o de conseguir la armonía entre los poseedores de la riqueza y poder, y los que carecen de ella, será inexistente mientras no exista en algún sitio la idea de que, *lo suficiente es bueno, y más de lo suficiente malo.*

La contaminación debe ser controlada, y la población de la humanidad y el consumo de recursos deben dirigirse hacia un equilibrio permanente y sostenible. Pero ¿de qué manera hacerlo? ¿Cuáles son las alternativas, yo diría «morales»? ¿Es sólo un asunto de decidir cuánto estamos dispuestos a pagar por tener un medio ambiente limpio? La humanidad tiene una cierta libertad de elección que no está limitada por las modas, por la lógica de la producción o cualquiera otra lógica fragmentaria. Pero está limitada por la verdad. Solamente en el servicio a la verdad existe la perfecta libertad («la Verdad os hará libres», dijo El Maestro), y aun aquéllos que hoy nos piden «liberar nuestra imaginación de la esclavitud al sistema existente» olvidan mostrar el camino del reconocimiento de la verdad.

Parece poco probable que el hombre del siglo XXI esté llamado a descubrir una verdad que jamás antes se hubiera descubierto y aquí la agricultura juega un papel, casi axiomático, indiscutible. El principio fundamental de la agricultura (verdad indiscutible) es que trata con la vida, es decir, con sustancias vivas. Sus productos son el resultado del proceso de la vida, y su medio de producción es el suelo viviente. Al contrario, el principio fundamental de la industria moderna es que trata con procesos inventados por el hombre y es aplicable sólo a cosas inventadas por el hombre, no a cosas vi-

vientes. El ideal de la industria es la eliminación de las sustancias vivas, las materias hechas por el hombre son preferibles a las naturales, porque nosotros podemos hacerlas a medida y aplicar un control de calidad perfecto. Las máquinas hechas por el hombre trabajan con más precisión y se las puede programar, cosa que no se puede hacer con las sustancias vivas *como el hombre*. El ideal de la industria es eliminar el factor vivo, incluido el ser humano, y transferir el proceso productivo a las máquinas, pues para ellos –los que nos dominan– la vida es «una ofensiva dirigida en contra del mecanismo repetitivo del universo». Y el que tenga oídos para oír que entienda.



El ideal de la industria es la eliminación de las sustancias vivas, las materias hechas por el hombre son preferibles a las naturales, porque nosotros podemos hacerlas a medida y aplicar un control de calidad perfecto. Las máquinas hechas por el hombre trabajan con más precisión y se las puede programar, cosa que no se puede hacer con las sustancias vivas *como el hombre*. El ideal de la industria es eliminar el factor vivo, incluido el ser humano, y transferir el proceso productivo a las máquinas, pues para ellos –los que nos dominan– la vida es «una ofensiva dirigida en contra del mecanismo repetitivo del universo». Y el que tenga oídos para oír que entienda.

Así pues, podemos definir a la industria moderna como «una ofensiva en contra de las características de imprevisibilidad, impuntualidad, indocilidad y caprichos de la naturaleza viva», incluido el hombre. En otras palabras, no hay duda alguna de que los «principios fundamentales» de la agricultura y de la industria, lejos de ser compatibles el uno con el otro, están en contradicción.

¿A que los defensores de la agenda 2030 no nos han hablado de parar e incluso frenar estos procesos? ¿Acaso no nos siguen hablando de la sustitución del hombre por la máquina (robots) y los sindicatos hablan de que las empresas deberían pagar impuestos por estos robots para contribuir a las pensiones?

Por otro lado, de igual manera que la vida no tiene sentido sin la muerte, la agricultura actual no tiene ningún significado sin la industria, pero sigue

siendo verdad que la agricultura es lo más importante, mientras que la industria es lo secundario, lo que implica que la vida humana puede continuar sin la industria, pero no ocurriría lo mismo sin la agricultura.

Cabe deducir que, en vez de buscar todos los medios para la aceleración del abandono de la agricultura, debiéramos buscar las políticas para la aceleración de la cultura rural, facilitar la tierra para la ocupación plena de una mayor cantidad de la gente, con una dedicación total o parcial. La agricultura no puede «ennoblecere y humanizar el hábitat del hombre» a menos que se cifa fiel y constantemente a las verdades reveladas por los procesos de la naturaleza. ¿Cómo van a revertir la industrialización y despersionalización a la que tiende la actual agricultura? ¿Cómo van a revertir la especialización y concentración, a la que se tiende, contrarias a la descentralización que permite el aprovechamiento de recursos inferiores que no sería «racional» a largas distancias? Estas preguntas no son respondidas por los promotores y partidarios de la Agenda 2030. Por las auténticas respuestas a estas cuestiones vendrían,



de nuevo, buena parte de las soluciones a la llamada *España vaciada*.

Son los hombres de la ciudad, marginados de la naturaleza viva, quienes imponen su propia escala de prioridades, argumentando en términos económicos que: no podemos permitirnos hacer otra cosa. En realidad, cualquier sociedad puede permitirse

cuidar su tierra y mantenerla con salud. No hay necesidad de consultar a los expertos económicos cuando las cuestiones son cuestiones de prioridad. Hoy día sabemos demasiado acerca de la ecología como para no tener excusas por los muchos abusos que están ocurriendo en el cuidado de la tierra y de los animales (y que los expertos de la Agenda 2030 no informan, porque han decidido imponer su criterio alejado de lo hasta aquí expuesto), en el almacenamiento de alimentos y en su elaboración, y en una urbanización imprudente. Ni nosotros como comunidad ni ellos –los impulsores de la Agenda 2030– tenemos una creencia firme en un valor meta-económico, por eso se impone siempre el cálculo económico.

Para iniciar mi conclusión empezaré diciendo que ellos nos impondrán cómo debemos comportarnos en nuestro quehacer cotidiano, fomentando aún más el individualismo hedonista y consumista, que ha convertido la «felicidad» en consumir y no en compartir. Pero esos mismos no moverán un dedo para cambiar su comportamiento y abordar, así, una economía al servicio del hombre, que se oponga a su «economía impersonal» caracterizada por el gigantismo empresarial y la racionalidad tecnológica de las economías de escala que destrozan la naturaleza. No harán el menor guiño que sirva de antídoto ante la «monstruosidad de la organización» moderna, que tiende a alienar el individuo, a supeditar su creatividad y a cercenar su libertad.

Nuestra forma de vida está implicada en la simple cuestión de cómo tratamos la tierra, que es, después del ser humano, nuestro máspreciado recurso. Debemos *amar el mundo porque es hechura de Dios y por amor a Dios* (siguiendo a San Agustín) ¿Nos han dicho acaso cómo desean lograr esto, creen en Dios, aman a Dios? Sólo nos hablan de un calentamiento y de unas medidas más que dudosas para evitarlo, pero no nos hablan de cómo cuidar la casa global que además de estar más caldeada de lo deseable, está sucia como un muladar. Pero esto último no se trata.

Ellos, «los iluminados o ilustrados», los herederos de la Revolución, lo harán por nosotros y contra nosotros, como lo llevan haciendo unos 250 años.

* * *

Yo me he vacunado, ¿y tú?

Constantino Quelle Parra

No quiero ser, en lo posible, la bala que puede matar a mi prójimo. De hecho, nuestro sistema respiratorio es la ametralladora que expulsa, junto al aire de los pulmones, el virus mortal que ya ha matado, según las estadísticas, a más de cinco millones de personas. Suena catastrófico, pero esto sí es verdad, y no los argumentos que usan los llamados antivacunas.

Ayer hablaba con uno y me decía: Hablas así porque no te has enterado de la composición de la vacuna. No –le respondí– ni de ésta ni de las anteriores que me han puesto en el transcurso de la vida: rubéola, sarampión, paperas (trivalente), tétano, gripe, etc., amén de las recibidas al viajar a países donde se exigen ciertas garantías sanitarias.

Toda mi vida me he fiado de los profesionales. Si compro un piso no estudio la composición de los elementos que lo conforman, ni la vida del arquitecto, simplemente confío.



Si compro un alimento creo que las autoridades sanitarias me avisaran si alguno es perjudicial para la salud. Así con las medicinas que me receta el médico y expide el farmacéutico.

Gracias a esta fiabilidad, hemos llegado al día de hoy a vivir como

nunca y con un número de años en perfecto estado de salud.

La hermandad hay que vivirla en los pequeños detalles de la vida. Y son las excepciones las que confirman esta forma de actuar. Negacionistas siempre los habrá. Todavía existen personas que no creen que el hombre haya llegado a la luna. No obstante, la ciencia nos va mostrando las bellas imágenes de nuestra galaxia, de nuestro universo; un universo que gracias a la ciencia, vamos conociendo tanto en lo infinitamente grande como en lo infinitamente pequeño.

No me importaría que siguieran con su negacionismo, si ello no fuera en perjuicio del resto de la comunidad. Quedarnos de brazos cruzados es adoptar la postura del avestruz, que según Plinio el Viejo, ocultaba la cabeza creyéndose a salvo.

No estamos a salvo por estar vacunados, estaremos a salvo cuando todos los humanos se hayan vacunado. Esta es la meta a la que tenemos que llegar; entre tanto, al menos si crees en la necesaria hermandad que proclama nuestra tradición cristiana, propaga esta humana obligación allí donde te encuentres.

Yo me he vacunado. ¿Y tú?

* * *

Díaz acude a San Pedro frente a Pedro

Roberto Blanco Valdés (*La Voz de Galicia*)

Acostumbrados los dirigentes del PP en su errática forma de hacer oposición a mirar al dedo cuando con este se señala hacia la luna, no han tenido otra ocurrencia, tras conocer la noticia de que Yolanda Díaz iba a viajar al Vaticano a entrevistarse con el papa, que destacar, con tono crítico, que se trataba de una «cumbre comunista». Una auténtica sandez.

Primero, porque es muy dudoso que el papa sea comunista, lo que, aun de darse el caso, constituiría un asunto del propio pontífice y sus fieles. Segundo, porque el hecho de que Díaz esté afiliada al PC es tan legítimo en nuestro país, donde rige una democracia pluralista, como lo es estar afiliado al PP o a cualquier otro partido que respete las reglas del Estado de derecho.

Si en el PP estuvieran pensando en hacer oposición de verdad y no en disparar a bocajarro en cuanto algo se mueve en la maleza, habrían planteado a la opinión pública española el tema políticamente mollar que suscita el viaje de la vicepresidenta al Vaticano, que no es otro que por qué razón lo hace.



Según se ha informado en distintos medios, el gabinete de la vicepresidenta negoció por su cuenta, y sin contar con el resto del Gobierno ni con los servicios diplomáticos, el encuentro entre Díaz y Francisco, lo que da a entender que se trata de un viaje particular (por más que figure en su agenda oficial), que la ministra realiza con la finalidad –parece en ella ya obsesiva–, de estar en el primer plano de la actualidad a cualquier precio, para lo que le sirve lo mismo el papa que le podría valer Putin (es un ejemplo). En ese caso hay que esperar que los gastos del viaje de Díaz al Vaticano hayan corrido de su cuenta, pues no tenemos los españoles porque pagar su promoción mediática ni la de nadie. Para confirmarlo debería comparecer la vicepresidenta segunda en el Congreso.

Algunos dirán que se trata del chocolate del loro, lo que es cierto (aunque muchos chocolates pueden acabar equivaliendo al presupuesto de Suiza, país donde los fabrican con primor).



Pero no se trata de eso, sino de algo muy importante en democracia: la indispensable distinción entre lo público y lo privado, confusión que es lo que denominamos corrupción con sobradísimos motivos.

En la referida comparecencia podría resultar que la vicepresidenta segunda haya viajado al Vaticano

por cuenta y encargo del Gobierno, en cuyo caso las preguntas a hacer al uno y a la otra no serían menos relevantes: ¿es habitual que de los viajes de los miembros del Gobierno se entere el Ejecutivo por la prensa? ¿Por qué ha ido a ver al sucesor de Pedro la ministra de Trabajo en lugar del que se ocupa de las relaciones entre el Estado y las iglesias? ¿Por qué, si había en tal visita alguna urgencia, no ha ido al Vaticano el propio presidente del Gobierno, pues son los presidentes y no sus ministros los interlocutores habituales del pontífice?

Todas las apuntadas, entre otras, son las cuestiones que tenemos derecho a saber los ciudadanos españoles, aunque este Gobierno nos trate como a súbditos.

* * *